

Historia

Javier Garau y Salvador Dalí

J.M. Tejerina

Javier Garau Armet, el que fuera presidente de la *Real Academia de Medicina y Cirugía de Palma de Mallorca*, solía referirme muy sabrosas anécdotas de sus tiempos en la *Residencia de Estudiantes de Madrid*.

Federico García Lorca, Salvador Dalí, Luis Buñuel, eran los *gallitos* de la *Residencia de la Colina de los Chopos*.

Dalí se gastaba el primer día de recibirla, toda la mensualidad que le enviaba su padre, un notario de Figueres librepensador y blasfemo, en cualquier extravagancia. Alquilaba, por ejemplo, los *taxis* que encontraba a su paso, diez o doce, montaba en el primero de ellos y, en caravana, tocando todos los vehículos el *claxon*, se dirigían a la *Residencia* atravesando las principales calles madrileñas. En una ocasión adquirió numerosos loros y los soltó, con gran pasmo de la gente, en plena Puerta del Sol.

Otros admirados amigos míos, también médicos insignes me hablaron, a su vez, de aquella *Residencia* de los años veinte: Severo Ochoa, Germán Somolinos.

Moreno Villa sintetiza el recuerdo de Salvador Dalí recién llegado a la *Casa*. Un joven de diecisiete años, delgado, cetrino, muy tímido. Parecía un niño abandonado por su padre y su hermana, al borde de la esquizofrenia. Vestía, al decir de Buñuel, de manera estrafalaria; enorme sombrero, desproporcionada chalina, chaqueta de terciopelo hasta las rodillas, polainas. La melena le llegaba a los hombros. Era muy sucio. Encerrado en su cuarto pintaba o dibujaba siempre, cuando no leía un libro de Freud o un tratado de pintura moderna. Hablaba rara vez, con voz grave y acento catalán.

Cuenta Rafael Alberti que gustaba de explicar sus dibujos a los que le visitaban en su habitación. «Aquí está *la bestie, gomitando*». Y mostraba un extraño perro peludo. «Estos son dos guardias civiles haciendo el amor, con bigotes y todo». Porque Salvador dibujaba por entonces, casi únicamente, escenas pornográficas.

Javier Garau conservó largo tiempo uno de esos obscenos dibujos. Unos marineros en círculo, sodomizándose.

Dalí, tras ser expulsado de la *Academia de San Fernando*, asistió a unas clases particulares que daba el pintor Moisés en un estudio que tenía en el Pasaje de la Alhambra, en un barrio famoso por sus burdeles. Moreno Villa admiraba a Salvador Dalí *como pintor*. Llegó a llevar un cuadro de el muchacho de Cadaqués al *Museo del Prado*, para que sus alumnos «pudieran comparar su ejecución minuciosa con la de los primitivos flamencos». Escribió, incluso, un artículo muy elogioso sobre Dalí en la *Revista de Occidente*. Mas, *como persona*, desconfiaba de él. Aseguraba que su apellido era idéntico al de un pirata griego, Dalí Mami, renegado, avariento, cruel. El mismo que apresó a Cervantes y lo metió en las mazmorras de Argel. Salvador Dalí se adaptó pronto al *dandyismo* de los otros residentes. Se cortó el pelo, se vistió a la moda inglesa. Se fue *de juerga* con ellos, a beber whisky, a oír música de jazz en el *Rector's Club* del *Hotel Palace*.

Existía en la *Residencia* cierto antagonismo entre los nacidos en Cataluña, Baleares, provincias norteñas y los naturales de Andalucía. Dalí denominaba a sus compañeros béticos, *perros andaluces*. A él, estos le tildaban de *pintor polaco*. A Salvador el *Romancero gitano* de su apasionado e íntimo Federico, le parecía *muy malo*. Alberti estaba, *en el límite del absurdo lírico*. Juan Ramón Jiménez tampoco escapó a sus injustas críticas. Salvador Dalí y Luis Buñuel estaban en París, en enero de 1929, inmersos en la fiebre del *surrealismo* y enviaron una carta injuriosa al poeta de Moguer. La decían, entre otras groserías, «*merde para Platero y yo*».

Peor librado quedó el padre de Salvador. Contra el que se rebeló su hijo, siguiendo los consejos de Freud. Le envió una muestra de esperma desecada, al tiempo que le escribía: «Ya estamos en paz».

Javier Garau Armet guardaba, junto al impresentable dibujo de Dalí, una cuartilla con unos versos manuscritos por García

Lorca. Que hablan de un *relojito* que se deshace en la lumbré, de un ayer de azúcar, rosa y papel; de un mañana esperanzador, como una llama. Los dos dispares recuerdos de la *Residencia* tuvieron también un final muy distinto. El dibujo acabó en el fuego. El poema le fue regalado a Camilo José Cela.